

CRÍTICA: "Deja que los perros ladren", de Sergio Vodanovic, por el Teatro de Ensayo Chileno, en el Español

Informaciones

ANTE comedias de intencion social hay que separar lo que son valores de tipo local u ocasional de la idea general que les ha dado vida en el escenario. Si no se realiza esa operacion corremos el riesgo de que los ataques a situaciones inmediatas y determinadas se sobrepongan en nuestro entendimiento a la percepcion de virtudes de mayor peso. «Deja que los perros ladren» se desarrolla sobre un esquema que evidentemente responde a una situacion chilena, a una situacion de la politica chilena existente en la realidad o creada por el autor. Pero por debajo de ese —digamos— aspecto «nacionalista» corre una proclama en favor de la honestidad, del idealismo, de la fe en algo más importante que el puro éxito dinerario. Y eso es lo que hace de esta comedia una obra considerable. Porque además —y a despecho de similitudes aparentes— no puede ser confundida con el teatro que se escribia hace cincuenta años. Es una comedia moderna por su forma, forma que me atreveria a calificar de admirable por su concision, por el rigor de su desarrollo y por la claridad de sus intenciones. Una vez más nos hallamos ante el conflicto que la conducta irregular de un padre, victima en cierto modo del medio ambiente, desencadena en el seno de su propia familia. El honrado funcionario deja de ser honrado. Pero su hijo no llegará a conquistar las virtudes que para él soñaba su progenitor, porque las palabras le hacen menos efecto que los ejemplos vivos, y en vez de los consejos asimila los hechos. Todo ello representa algo más que un análisis de circunstancias politicas, con tener éstas un papel de primer orden en el desenvolvimiento del argumento.

Sergio Vodanovic sale en defensa de la decencia. Quizá resulta excesivo su respeto a la ley. El problema es más profundo. La ley, como creacion humana, puede ser injusta, y entonces es la propia conciencia la que debe decidir. Pero en este caso particular, el protagonista no es un intelectual, sino un empleado del Estado con un rigido concepto del deber. Y falta a este deber para evitar el cese y escapar a la pobreza. Le vemos prosperar hasta que se arrepiente, da marcha atrás y restablece en su pensamiento y en sus actos la sinceridad.

Una interpretacion ceñida, a medio tono, suprimió los riesgos de que la accion tomase un

rumbó melodramático y acentuó la tension de las situaciones.

Es en el segundo acto, y próximo el desenlace, cuando el autor pone en boca del más joven de los personajes un espléndido monólogo —que halla respuesta muy inteligente— en el que queda radiografiado lo que podríamos llamar el «mal del siglo». La juventud no encuentra causas lo suficientemente atractivas para embarcarse hacia el heroísmo, hacia el idealismo, hacia la accion noble y desinteresada. Sólo quiere vivir intensa y rápidamente. El autor centra la explicacion en Chile, pero probablemente es válido para otras latitudes.

Sin embargo, la reaccion sobreviene en sentido positivo. Hemos visto un naufragio colectivo del que sólo se salva la madre de familia, aferrada tercamente a sus convicciones conservadoras. Un periodista cínico, un funcionario y un ministro corrompidos, un estudiante a la deriva... Todo esto gira sobre sí mismo y produce finalmente una especie de asalto a las barricadas del escepticismo y la inmoralidad, porque el autor tiene fe en el futuro y no quiso que el telón descendiese sobre un panorama de ruinas, sino sobre un amanecer esperanzado.

Nuevamente el Teatro de Ensayo de la Universidad Católica de Chile ha probado su excelente preparacion profesional. Actores que intervinieron en «La pergola de las flores» encarnan en «Deja que los perros ladren» personajes de condicion muy diferente y lo hacen con estilo de perfectos comediantes de hoy. Las diversas situaciones se prestaban al desmelenamiento. Pues bien: apenas se oyó algún grito, y esa misma discrecion de tono dió a la comedia su verdadera significacion dramática. Mario Montilla, Héctor Noguera, Silvia Piñeiro, Mario Hugo Sepúlveda y Justo Ugarte dieron vida a los cinco personajes del reparto con profunda sinceridad.

Los aplausos más calurosos premiaron al autor y a los intérpretes y el telón se levantó muchas veces en honor de cuantos participan en esta dignisima empresa de arte dramático chileno, capaz de dejar muy alta la bandera de su país sea cualquiera el lugar en que actúe.

Adolfo PREGO